

—Bien puede lucirse. Cuentan que es inmensamente rica. La casa que habita es un palacio. El Príncipe se lo dejó todo.

—¡Qué aficionada eres á las diversiones, á la sociedad!

—Si no fuera por eso, ¿qué me quedaría? Con un marido como el mío, ya podrás calcular...

El landó logró salir de la fila.

Los caballos tomaron el trote y no tardaron en detenerse en la avenida Matignón.

En cuanto Elena entró en su casa le entregaron un telegrama.

Era de su marido.

Le avisaba que un asunto imprevisto le impedía ir á comer.

Ella, en un acceso de cólera, rompió el papel en mil pedazos.

—¡Cuánto engaño, cuánta mentira!—exclamó delante del conde.

Hubiera querido que éste se quedara á comer; pero no se atrevió á pedirselo.

Tenia miedo á su propia debilidad.

Cuando él se despidió, díjole ella:

—¡Ya veis qué vida es la mía! ¡y habrá, sin embargo, quien me envidie!

Él la miraba con la mayor ternura; después titubeó un instante, y, por último, haciendo un violento esfuerzo para dominarse, se fué.

—¡Pobre Roberto!—pensó Elena—¡cuánto me ama!

XXVIII

Después de haber seguido en el coche de un amigo al de la princesa Wanda, el marqués se fué al círculo y jugó al *ecarté*. Luego, Montambert, el fingido enfermo, y Tallavande, proyectaron saborear una de esas exquisitas comidas que solo se sirven en el café Inglés. Taunay aprobó el plan, y sentía necesidad de aturdirse.

Desde que se casó, nada de lo que venia sucediéndole era de su agrado.

La actitud digna y triste de la marquesa, le irritaba más que si se quejara. No podía resistir su dulzura ni su melancólico semblante. De la primitiva indiferencia había llegado, por fatal pendiente, á la aversión.

Mejor hubiera perdonado á Elena que siguiera su ejemplo; es decir, que buscara, como él, fuera de casa, las distracciones. De esta suerte, las faltas de la mujer hubieran excusado las del marido; mientras que ahora sus virtudes la hacían más odiosa.

Antes de casarse concibió un vivo capricho por la princesa Cavalli, cuya belleza gozaba de reputación europea. Ningún hombre podía preciarse de haber obtenido los favores de aquella deidad. Además, el príncipe pasaba por ser un Oteló.

Pero lo que otros no lograron, lo consiguió Oliverio; Wanda le demostró un amor exaltado, del cual se cansó muy pronto el afortunado marqués.

La Princesa, por el contrario, parecía cada vez más enamorada.

Toleró el casamiento de su amante, ya resuelto cuando lo conoció; pero no le hubiera perdonado que amara á su mujer.

Por este lado podía vivir tranquila. El viaje á Italia, concertado de antemano por los dos amantes, fué para la joven marquesa un cruel martirio.

A pesar de su inexperiencia, no era ni tan inocente ni tan ciega como para no sorprender aquel secreto, que, después de todo, no ponían los culpables excesivo afán en ocultar. Después de ciertas alusiones tímidamente veladas, Oliverio comprendió que su mujer lo sabía todo, y esto aumentó su contrariedad.

Contrariedad que llegó á su colmo, cuando, de regreso en París, se halló con que Solange no aceptaba sus proposiciones.

Era de la primera que no lograba cuanto se proponía.

Oliverio concluyó por no desear más que á una en el mundo, á la mujer que huía de él, á Solange.

Cuanta más aversión le demostraba ella, más se obstinaba él en vencerla.

Después de comer, los amigos permanecieron desobremesa fumando durante largo rato.

Oliverio no olvidaba la cita con la polaca.

Y á las nueve y media despidióse de sus compañeros y se dirigió á pié hacia el hotel Cavalli.

Durante el trayecto no cesaba de recordar la suposición de Felisa:

«Una pasión como la vuestra sabe Dios á lo que puede llevar.»

La sola idea de casarse con Solange le parecía de una extravagancia ilimitada.

Felisa no pudo decir eso más que como una burla ó un reto.

Además, para llegar á tal extremo, harían falta una serie de acontecimientos de difícil realización.

A las diez menos cinco, el marqués llegaba á los Campos Elíseos y se detenía en la casa que hace esquina á la calle Montaigne.

Allí vivía la princesa, gozando de la herencia de su marido.

La casa es un edificio magnífico, estilo italiano y de construcción moderna.

Según las riquezas y obras de arte allí atesoradas, podía pasar el palacio por un verdadero museo.

La polaca se hallaba en un saloncito japonés, del primer piso.

Mientras el marqués se dirigía á su casa, Wanda, envuelta en una bata de crespón negro, daba algunas órdenes á una mujer, que tendría cincuenta años, y se hallaba sentada á sus piés en un taburete muy bajo.

—¿Me has comprendido?—díjole.

—Sí—contestó la sirvienta.

—Permanecerás en mi cuarto. Si te llamenada temas y habla con entera libertad.

La mujer se retiró dirigiendo á la princesa una mirada sumisa y cariñosa.

Cuando se quedó sola, se levantó del sillón donde estaba sentada y asomóse al balcón.

La avenida estaba casi desierta.

—¿Vendrá?— se decía.

De algún tiempo á esta parte la duda había mordido en su corazón; en ese corazón que hubiera querido verse unido por siempre al de Oliverio; sentía por éste un amor tiránico, salvaje.

A las diez entró el señor de Taunay.

—¡Al fin!—dijo ella.—Creí no veros hoy por aquí. ¡Teneis tantos asuntos!...

—¡Llamadles obligaciones! Supongo que no habrá sido para reñirme para lo que me habreis citado.

Sentóse en el mismo taburete que momentos antes ocupó la criada, y levantando la cabeza para mirar á su amada, dijo:

—Me habíais prometido hacer importantes revelaciones...

—En efecto; lo que tengo que deciros es probable que os extrañe y sorprenda. Quiero una explicación, y á cambio dar otra. No sois el mismo. ¿Por qué? ¿Acaso he variado yo? ¿Qué me prometisteis en otro tiempo? ¡Ser siempre mio! No podreis negarlo. ¿No fué esa la condición que puse á una alianza, en la cual he arriesgado seguridad, fortuna, consideración, todo...

—¡Cómo exagerais!

—¿Eso creéis? Pues ahora vais á ser juez de esas... exageraciones. Vosotros, los franceses, sois muy ligeros. Pasais de un amor á otro, de fantasía á un capricho, sin penas ni recuerdos, sin inquietaros por lo que deseabais ayer y perderéis mañana. Pero yo, al

entregarme, me entregué por toda la vida; pero á cambio de algo, y quiero conservar lo que recibo.

—¿Quién piensa en quitároslo?

—Veo muy claro. Educada en la escuela de la adversidad, aprendí desde niña á reflexionar. Mi padre, el conde Brauski, me trajo á Paris á la edad de dieciseis años. Jugador incorregible, perdió en ese vicio toda su fortuna y á mas la que yo heredé de mi madre. No le quedaba otro recurso que mi belleza. Vendíome al príncipe Cavalli, aquel hombre cuya sola presencia me causaba horror. Pero me sacrificué. Despues de todo, ¿qué hubiera sido de mí? A menos de suicidarme, ó de vjetar en un miserable rincón del mundo, no me quedaba mas recurso que esa boda. ¡El tú otro! ¡Qué más daba! El príncipe, fué, sin embargo, demasiado condescendiente al tomarme por esposa.

Durante algunos años, ya lo sabeis, no me han faltado adoradores; pero á todos desprecié. Cuando os presentásteis vos, os amé sin reflexionar en lo que hacía. Me bastaba vuestra promesa. Olvidé todo lo demás. Para poder perteneceros, Oliverio, no sabeis todo lo que he hecho. Creí hasta ahora que lo prudente y lo noble era ocultároslo. Hoy adivino que estais dispuesto á tratarme como los parisienses tratan á sus queridas cuando se cansan de ellas. Para conservaros á mi lado, no sabeis, repito, todo lo que he hecho. Hé ahí por qué he querido que viniérais esta noche, y os aguardaba con tanta impaciencia.

—Me haceis temblar, os lo aseguro. Se me figura que asisto á un drama que un artista de primer orden representa solo para mí.

—Un drama es, efectivamente, lo que voy á referiros. El mundo está lleno de ellos; pero las más de las veces resultan ignorados. Nos concretamos á saber los de nuestra propia vida, sin sospechar que en la del vecino existen iguales ó peores.

—¿Teneis el vuestro?

—Sí.

—¿Y tengo papel?

—Sí.

—¿Sin saberlo?

—Ya lo creo. Pero esto no impide que seais el principal personaje.

—¿Es singular!

—Y todo ello es la pura verdad.

—Me teneis muy intrigado.

—Escuchad: sois egoísta, Oliverio, muy egoísta. No os hago ningún cargo. No hay hombre que no lo sea. Ocupado únicamente en vuestros placeres, no os hicisteis cargo de los celos del príncipe, celos concentrados que yo desafié con tal de perteneceros. El príncipe os acogió cortesmente; más por ciertas miradas y ciertas alusiones, comprendí que sospechaba de nosotros y nos tendía un lazo. A fuerza de disimulo conseguí, ó creí conseguir, durante bastante tiempo, que no tomaran cuerpo sus dudas. Pero al fin, cuando á raiz de la muerte de vuestro abuelo, os visteis precisado á salir precipitadamente para Francia, ocurrió una escena espan-

tosa. Fuísteis á nuestro palacio; allí nos vimos por última vez entonces. Ofuscada por tan inesperada separación, no cuidé de tomar las debidas precauciones, las mismas que tomaba siempre. Apenas salisteis, y cuando me eché llorando en un sillón, abrióse de par en par una puerta ¡que había estado entreabierta! y se presentó el príncipe. Os aseguro que daba miedo verle.

—¡Ah!—exclamó—al fin veo claro, y mis dudas se truecan en convencimiento.

Intentando un golpe de audacia, le pregunté:

—¿Y qué os figurais?

—Que ese hombre es vuestro amante.

—Si suponeis eso ¿por qué no le habeis matado?

Sentóse cerca de mí, sin prestar atención á mis palabras.

—Hablemos—dijo—y tened calma; he de haceros saber de qué manera entiendo que debemos vivir en lo sucesivo.

Se había tranquilizado algo, y con menos dureza, añadió:

—Yo estaba en mi habitación; el conde entró á despedirse. Me figuré que no dejaría de deciros adíos... Y para no dudar de lo que sospechaba y tener completa evidencia, llegué hasta ese gabinete, y desde ahí he presenciado la escena que era de presumir... y que no quise turbar con mi presencia. ¡Cuánta ternura! ¡Qué vehemencias! ¡Qué pena, por vuestra parte! ¡No sois amada, mi querida Wanda; sois vos quién amais! La humilla-

oión es todavía más amarga para mí. ¡No os rebajeis á mentir inútilmente! Todo lo he visto y oído.

—Pues me sorprende entónces tanta paciencia...

—Entiendo. ¡Debí matar á ese hombre! ¡Bonito negocio! Despues de todo, ¿en qué es culpable? Encuentra una mujer encantadora, la admira; amable, la ama! ¿Qué puedo echarle en cara? ¿A qué buscarle querella? ¡Ese hombre no me debe nada; no le he hecho ningún favor! ¡No es á él á quien detesto y vitupero, sino á vos, Wanda! Os saqué de la miseria; á no ser por mí, os veríais degradada como tantas infelices á quienes la pobreza lleva á la infamia. Gracias á mí, sois princesa; vivís en la opulencia, y envidiada de todos; os había legado, en mi testamento, toda mi fortuna, pues no queria que después de mi muerte descendierais ni un solo grado del rango á que os elevé. Debiérais haberme guardado alguna gratitud. A decir verdad, os confieso que contaba con ella. Y en vez de esa gratitud, recibo el más infamante ultraje. ¡Yo, que tuve la debilidad de creer en vos; que me complacía en adornaros de todas las virtudes, todas las buenas cualidades y los encantos de toda mujer superior, me persuado de que ni siquiera habeis respetado el nombre que os confié y del cual os estais burlando. ¡Matar á vuestro cómplice! ¡Para qué? ¡Para provocar un escándalo, y verme forzado, después del consiguiente proceso, á echaros de mi casa; es decir, á colmar vuestros

deseos, dejándoos en completa libertad! Nada de eso. Mal concepto formaríais de mí, y el castigo fuera demasiado dulce.

—¿Qué vais á hacer, pues?

—Os ruego que me escuchéis. Mi plan estaba trazado de antemano. Ese hombre que es vuestro amante, ha muerto para vos. Esto quiere decir que no le volveréis á ver. Y en vez de la brillante existencia que hasta ahora hemos llevado, nos encerraremos en una soledad completa. Rescaté, por complaceros, en mansión de vuestros ilustres antepasados, en Cracovia, en un lugar triste y solitario, é hice que lo restauraran con el mayor esmero. De esta suerte evité que se derrumbase la cuna de los Branski. Pues bien, viviremos allí como los cuervos en las ruinas, ó los penitentes en el claustro. Coqueteareis con los pastores y los boyeros de vuestras tierras, si así os agrada; pero no volveremos á habitar el palacio de Roma, perteneciente á mi familia desde el papa Sixto IV, ni el de Venecia, donde dábais aquellas fiestas en obsequio á los franceses..., ni la quinta de Pórtici, en donde no olvido que vagábais los dos, durante la noche, á orillas del azulado mar; ni este magnífico hotel, que en lo sucesivo permanecerá cerrado. Os adoré al extremo de daros mi nombre y las riquezas todas de los Cavalli, iguales á las de los Borghese y los Torlonia. Creí que vuestra altivez os defendería de las tentaciones del mundo. Puesto que no ha sido así, yo mismo os protegeré contra vuestra debilidad y seré vuestro guardián.

—Querreis decir mi carcelero....

—Sea. Dentro de dos días saldremos de aquí, sin ruido, sin querellas, sin dar gusto á los curiosos, ni cuenta á nadie de nuestros proyectos; y volveréis á ver vuestra Polonia, el suelo natal, tan querido para todo buen y valeroso corazón, pero os advierto que será para no dejarlo hasta la muerte de uno de los dos, que dejará al otro libre; y confío, si Dios es justo, en que vos, Wanda, me precedais en el viaje al otro mundo, puesto que yo no soy reo de un amor ciego, imbécil, y, sobre todo, culpable.

Hablaba lentamente, recalcando mucho todas las palabras, y sin dejar de mirarme con aquellos ojos, tan apagados siempre.

Se veía en él al hombre implacable, que por nada ni nadie cedería. Yo, á mi pesar, temblaba. Se me figuraba estar entre las descarnadas manos de un cadáver, colocada en una fosa, pereciendo poco á poco, frente á aquel rostro repugnante...

Mi corazón se sublevaba; pero el orgullo protestó del miedo que se iba apoderando de mí.

—¿Y si sucumbís al tédio de esa prisión que pretendais imponerme?—le pregunté.

Contestó con la misma tranquilidad:

—El caso está previsto. Vos sereis más digna de lástima...

—¿Qué quereis decir?

—Por un acta en regla revocaré, ántes de irnos, en casa de un notario, las donaciones que os he hecho. Mis bienes volverán á mi

familia. Dentro de pocos años, esa belleza, que podría serviros de vergonzoso recurso, desaparecerá. Y para una mujer de vuestro rango, nada hay tan espantoso como el porvenir de una miserable vejez. Y á pesar de odiarme por mis rigores, no tendreis más remedio que desear que viva. ¿Comprendeis?

—Sí.

—¿Y os resignais á esa existencia?

—Como gustéis.

El se levantó. Una imperceptible sonrisa contrajo sus delgados labios. Acercóse á mí, y con la misma voz que tanto me hacía temblar, añadió:

—Allí, Wanda, seréis para mí solo. Dependerá de vos que cambie en algo las disposiciones de que acabo de hablaros. Me refiero á los intereses. En cuanto á lo demás, seré inflexible. Haced vuestros preparativos de marcha.

Dijo esto y se fué.

Apenas había pasado por el dintel de mi habitación, cuando llamé á Miska. Ya la conocéis. No me abandona nunca. Es una bohemia que mi padre recogió una noche en el camino de Cracovia á Brauski. Tenía entonces dieciseis años. Yacía inanimada en el declive de un foso. Mi padre iba en un *troika* tirado por tres caballos. Era en invierno. Había dos pies de nieve, y la superficie se había helado. Unas horas más, y la desdichada, hubiera sido devorada infaliblemente, por los lobos. Cuando la levantaron del suelo advirtieron que había manchas de sangre en la

nieve. La habían dejado por muerta, después de una discusión entre gentes de su tribu que se batieron por ella.

Uno de aquellos hombres, que estaba celoso y quedó herido de muerte, la infirió con un cuchillo dos enormes heridas. Una de esas heridas le desgarró un brazo, la otra le interesó el pecho; en él quedó clavada el arma. Por más que desesperara de salvarla, como respiraba aún, se la llevó á casa. Mi madre vivía entonces. Yo no había nacido. Vine al mundo tres años después. Fué Miska quien cuidó de mí, pues gracias á todo género de precauciones y remedios, curó de sus heridas. Mi madre, de resultas de los disgustos que le causó la vida licenciosa de mi padre, murió tres años después de mi nacimiento. La bohemia es para mí lo que un perro para con su amo. Su fidelidad y abnegación no tienen límite. Le referí en pocas palabras lo que acababa de suceder: las amenazas del príncipe, la vida que me preparaba, y le dije:

—¿Puedes librarme de ese hombre?

—Sin dificultad ninguna.

—Es preciso que muera antes de esta misma noche.

—Morirá.

—Y no me ocupé más de ello.

La polaca se detuvo un instante.

El marqués no se atrevía ni á respirar, cuanto menos á interrumpirla y á preguntarla nada.

La contemplaba con espanto.

Ella continuó:

—El príncipe cometió una imprudencia al amenazarme. Aquel italiano se equivocaba al suponer que somos tan fáciles de dominar. Hubiera podido resignarme á vivir en mi país, lejos de este París que tanto nos atrae y enloquece; pero consentir en no volver á veros, Oliverio, era imposible.

Y dando rienda suelta á sus sentimientos, siguió diciendo:

—¿Cómo pudo creer aquel imbécil tirano que yo me condenara á perecer de hastío, frente á él, lejos de las fiestas de la vida, perdida entre la nieve de los bosques, mendigando á sus pies la limosna destinada á no dejarme perecer de miseria? Si me entregué á él, eso no fué más que el resultado de un odioso comercio. A cambio de mi juventud, me debía esas riquezas atesoradas durante siglos y siglos, sus palacios y este hotel de París, donde he reinado... No quise perder ni la fortuna adquirida á tanta costa, ni mi amor. Tenía á mi alcance el medio de conservarlo todo. Pero hacía falta no perder un solo minuto. El príncipe había salido en góndola de palacio. Le hice seguir por un hombre que me era adicto. Supe que se limitó á dar un corto paseo, y que no entró en casa de ningún notario. Durante unas horas, mi angustia no pudo ser mayor. Si aquella misma noche hubiera llevado á cabo sus amenazas y anulado el testamento, se salva. No había interés en que muriera. Yo estaba entonces condenada. No me quedaba más remedio que huir. Cuando regresó al palacio, daban las siete.

—¿Estais decida, Wanda?—preguntó.

—Nos iremos cuando gustéis.

Leí en su mirada la desconfianza de hallarme tan sumisa.

—¿Qué queréis que haga una mujer sola, sin apoyo y sin recursos?—le dije, para que no recelase nada.

Nos sentamos á la mesa.

El comedor era un ascua de oro. Como todos los días, teníamos invitados. Ninguno de ellos pudo sospechar lo que había pasado entre nosotros.

A los postres, el príncipe, que era muy sobrio, pidió que le sirvieran una copa de *champagne*. El criado que momentos antes había seguido su góndola, fué quien se la sirvió. Pocos minutos despues, el último de los Cavalli caía al suelo, dirigiéndome una terrible mirada, que no me causó ningún efecto. Yo sabía cuál había de ser el resultado de la obra de Miska. Me apresuré á socorrer al príncipe. Lo cogí en mis brazos en medio de las mayores demostraciones de ternura, y deslicé en su oído esta explicación del mal que acababa con él:

—¡Quisisteis la guerra!

Balbució algunas quejas, entre las cuales se oían estas palabras: ¡veneno, crimen!

Trató de señalarme con el dedo, culpándome; pero nadie pudo deducir nada, como no fuera que se moría y que al perder el conocimiento murmuraba frases incoherentes. Llamaron á dos médicos. Cuando llegaron éstos, ya no hablaba, y, sin titubear, atribu-

yeron su muerte á la rotura de un aneurisma. Después de todo, no hubieran podido salvarle. La tribu de Miska posee el secreto de un veneno vegetal, para el cual no se conoce remedio, y del cual no es posible hallar huella. La más mínima cantidad de ese veneno, extraído de plantas misteriosas, basta para matar al hombre más robusto; y no hay ejemplo de que haya dejado de producir efecto. Esa sustancia me libraba de la ira del príncipe. Lo llevaron á su habitación. Allí expiró media hora después. Confieso que no tuve ni un minuto de remordimiento. Le miré con una alegría que debió turbar sus últimos momentos. Noté que se llevaba la mano al pecho, como para indicar á los médicos la existencia de un objeto precioso que quería entregarles. Aprovechando el desconcierto que tan inesperada muerte causaba en todo el mundo, registré y descubrí un pergamino, del cual me apoderé en seguida. Era una donación, escrita de su puño y letra, en la cual legaba todos sus bienes á su sobrino el conde Giuseppe Pesaro. Quemé el documento. A las doce, Miska y yo velábamos el cadáver. Yo quedaba dueña absoluta de la fortuna de los Cavalli, y ¡libre como el aire! Ya sabes lo que he hecho para no separarme de tí. ¡Calcula todo lo que seré capaz de hacer para conservarte!

El marqués la había escuchado sin pestañear.

Se creía juguete de una pesadilla.

—¿Y nadie ha sospechado ese crimen?—

dijo al fin maquinalmente, por decir algo.

La princesa sonrió.

—¡Un crimen! ¿Quién me hubiera acusado? El príncipe me adoraba. De nuestra dramática escena no se enteró nadie. Fui, en apariencia, la viuda más inconsolable! El mismo conde Pesaro me compadecía y alentaba.

—Los bienes de vuestro tío—le dije—los considero como un depósito, que llegará fielmente á vuestro poder.

Le ofrecí, además, para que lo habitara el palacio de Roma, y supe granjearme su buena voluntad con estas liberalidades.

Y acercándose más á su amado, dijo con mayor vehemencia:

—¿Qué me importa ese palacio del Papa Sixto IV, y la Italia entera? Yo no quiero sino vivir en París, porque estoy cerca de tí y puedo verte todos los días, puesto que eres mi dueño y mi dios. Desde hace mucho tiempo acaricio un proyecto que no pude comunicarte mientras vivió el príncipe. ¡Si fueras libre como yo, Oliverio, nos uniríamos para siempre y solo la muerte podría separarnos! ¡Con qué placer cambiaría yo mi título de princesa por el tuyo, el nombre de ese muerto tan odiado, por el de un amante que adoro. La marquesa padece una enfermedad mortal, ya lo sé. Morirá como su madre, y no tardarás mucho tiempo en ser libre. No la deseo ningún mal. Puedes creerlo. Lo que he hecho una vez, no lo podría repetir. Estuve en mi derecho con el príncipe. Me amenaza-

ba. ¡Se trocó en mi verdugo! Si hubieras visto su mirada; si hubieras escuchado su voz, hubieras comprendido como yo que su odio era implacable. Tenía, pues, que defenderme, y contaba con la elección de armas. ¡Si al menos no nos hubiera separado, yo hubiera titubeado mucho antes de llegar á ese extremo; pero vengan todos los remordimientos habidos y por haber, antes que consentir en no verte, en que seas de otras, sin que yo pueda ni aun luchar para que solo seas mío.

Y fué por tí, nada más que por tí, por lo que obré de ese modo. Considera si será grande mi amor. Para el caso en que la marquesa muriese, dime que no me despreciarías, aunque sea tu amante; dime que no me alejarías de tu lado y que me harías tu mujer. ¡Qué dicha ser tu mujer, Oliverio! ¡Tú sabes bien que no he sido de nadie, que tú solo has sabido encontrar el camino de este corazón que te pertenece por entero! ¡Si tengo que echarme en cara una mala acción, fué preciso que el amor me llevara á cometerla, y tú debieras sentirte orgulloso de haber inspirado una pasión así!

Hablaba en voz baja, rozando con los labios la oreja de su amante, y rodeaba su cuello con el brazo derecho.

El, á pesar de su escepticismo, la escuchaba estupefacto, espantado de las revelaciones que aquella mujer acababa de hacerle y presa de vehementes deseos de huir, que no llevaba á cabo porque tenía miedo, tanto por él como